



LOS LIBROS Y LA JUNGLA

Michèle Petit

« *Du monde, nous avons défait le chant.* »

« Del mundo, hemos desecho el canto »

Zahia Rahmani

Buenos días a todos. Es una alegría y un honor estar aquí con ustedes para celebrar los diez años del máster. Antes que nada quisiera expresar la admiración que tengo a Teresa y a sus colegas por todo lo que han puesto en marcha con inventiva y libertad de pensamiento. Bravo, de todo corazón, por estas diez ediciones; gracias por permitirme participar en ellos, gracias por la confianza. Y también agradezco que me hayan invitado a estar aquí hoy, a pesar de que Teresa me haya pedido que les hablara de un tema muy difícil, el de los refugiados. Como no sé decirle que no, no me atreví a negarme, pero confieso que me sentí desconcertada. Se trata, en efecto, de un área en el que tengo poca competencia, ya que no he hecho investigaciones al respecto, y ni siquiera he estado en alguno de los campamentos donde tantas personas exiladas están actualmente relegadas. Y sentí miedo de que mi voz se oyera como la de tantos presuntos expertos que en Francia se la pasan el día entero disertando en los medios de comunicación. "La mejor definición del experto, dice Jean-Christophe Bailly, es aquel que, a decir verdad, no tiene experiencia en nada."¹

Yo tampoco tengo la menor experiencia en el asunto, de modo que lo primero que hice fue escuchar a mujeres y hombres que "pusieron manos a la obra" en esta área, para decirlo como Angelina Delgado, quien sería una persona más indicada que yo para tomar la palabra. Lo mismo pasa con las compatriotas de ustedes que dan vida al proyecto Bubisher

Antropóloga, Ingeniera de investigaciones honoraria del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS), París, Francia. © by Michèle Petit 2016.

¹ « Todo pasa, nada desaparece », Conversación con Jean-Christophe Bailly, *Vacarme*, 21/1/2010. <http://www.vacarme.org/article1848.html>. Según él, los "expertos" (en economía por ejemplo) son los que nos llevan hoy hacia el desastre.

en los campamentos de Tinduf, gracias a los cuales nuestros países europeos no pierden por completo el honor. Pues como dice también Angelina, «el mayor problema no es que lleguen refugiados, sino que estamos creando una sociedad absolutamente indolente, poco solidaria, que aparta la vista hacia otro lado. »

Antes de preguntarme de qué manera pueden la literatura y el arte contribuir a la construcción de una sociedad más solidaria con los refugiados y sus hijos, debo recordar la suerte a la que se les condena.

La mayor cantidad de personas desarraigadas de que se tenga noticia en la historia moderna

El éxodo derivado de las persecuciones o catástrofes tiene una historia probablemente tan antigua como la humanidad y la relatan los textos más antiguos de los que se tiene noticia. Sin embargo, últimamente “las guerras y la persecución han generado una cantidad de personas desarraigadas sin precedentes y nunca antes registrada”, según escriben los autores de un informe de la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados.² A finales de 2015, 65 millones de personas, o sea, un ser humano sobre 113, se contaban entre los desarraigados, solicitantes de asilo, desplazados internos o refugiados.

Más de la mitad de los que están bajo la responsabilidad de la Agencia provienen de tres países: Siria, con 4,9 millones, Afganistán, con 2,7 millones, y Somalia, con 1,1 millones. También hay que mencionar a los desplazados dentro de un país, que suman 6,9 millones en Colombia, 6,6 millones en Siria, y 4,4 millones en Iraq. En total, 9 de cada 10 refugiados van a dar a países de ingresos bajos o medios, aledaños a los conflictos —en primer lugar, a Turquía y al Líbano—.

El informe menciona también algo que todos sabemos: “una cantidad aterradora de refugiados y de migrantes mueren en el mar cada año”. Y llama la atención sobre un hecho muy inquietante: 51 % de los refugiados tiene menos de dieciocho años, y muchos solo han conocido la guerra y están desescolarizados desde hace años. La mayoría viaja junto con sus padres, que huyeron con la esperanza de darles educación y una vida mejor. Con mucha frecuencia se desilusionan: solo la mitad de los niños refugiados van a la escuela primaria. Con respecto a la secundaria, el porcentaje de los adolescentes inscritos es muy bajo, por ejemplo de 7% en Turquía —lo cual conviene cotejar con el hecho de que muchos proveedores de ropa de marcas multinacionales emplean a niños refugiados, que trabajan

² « Des déplacements de populations sans précédent à travers le monde » (Desplazamientos de personas sin precedentes a través del mundo), UNHCR (ACNUR), 20/6/2016. <http://www.unhcr.org/fr/news/stories/2016/6/57641727a/deplacements-populations-precedent-travers-monde.html> y <http://www.unhcr.org/576408cd7> « Global Trends : Forced Displacement in 2015 » (Tendencias globales: El desplazamiento forzado en 2015)

para garantizar el ingreso de su familia—. ³ Las niñas refugiadas están particularmente desescolarizadas: por ejemplo, en Pakistán, tan solo el 10% de ellas estudia primaria. ⁴

También debo mencionar que cerca de 100.000 niños y adolescentes quedaron separados de sus padres y viajan solos, expuestos al trabajo forzado, la explotación, los malos tratos, los abusos sexuales. Aimamo, un niño de 16 años, cuenta, a propósito de la finca en Libia donde trabajó durante dos meses para pagarle a los traficantes: “Si uno trata de huir, le disparan y queda muerto. Si uno deja de trabajar, le derriban a golpes. Era exactamente lo mismo que la esclavitud”. ⁵ Trabajadores sociales italianos le informaron a la UNICEF “que tanto niñas como varones fueron víctimas de violencia sexual y forzados a prostituirse en Libia, y que algunas de las niñas estaban embarazadas cuando llegaron a Italia, víctimas de violación”. ⁶ Como podrán imaginar, esto no sucede solamente en Libia.

Mientras verificaba estos datos desoladores, me volvían a la mente los rostros de los exilados que iban llegando al Pireo, cuyas fotos pude ver durante el verano de 2015. Recordaba la sonrisa de algunos, su alivio extremo por tocar tierra, porque pensaban que estaban arribando a la meta. Pensé en *America America*, la película de Elia Kazan, inspirada en el periplo de su tío, cuyo protagonista, luego de haberse enfrentado a múltiples peligros y humillaciones, llega por fin a Nueva York y besa el suelo después de superar la última prueba: el filtro de Ellis Island. Muchos de los que desembarcaban en el Pireo no iban a poder cruzar esta última barrera, porque iban a cerrarse las fronteras que los separaban de los países donde pensaban encontrarse con sus allegados.

En muchas partes, las personas terminan confinadas en zonas cada vez más controladas e invisibles. Los campamentos son una “solución técnica a falta de solución política”, dice Michel Agier, que calcula en 17 millones la cantidad de personas en el mundo que viven en espacios como esos. Quienes residen en campamentos están separados del país, deben hacer colas para todo, y no tienen derecho a hacer nada, “como si fuéramos incapaces”, comenta un joven. Los días pasan sin que sepan a qué dedicarlos, el sentido del futuro desaparece pues se han visto reducidos a la espera y los proyectos se quedan cortos. Duermen mal, no disponen prácticamente de ninguna intimidad, y a menudo solo reciben una comida por día. Las condiciones sanitarias son casi siempre indignas, ya se trate de

³ Rapport « Travail des enfants au cœur de la crise syrienne » (El Trabajo de los niños en el corazón de la crisis siria), UNICEF, Cifras de julio 2015.

<https://www.unicef.fr/sites/default/files/atoms/files/travaildesenfantsfaitsetchiffres.pdf>

⁴ Centro de noticias ONU, « Sólo la mitad de los niños refugiados van a la escuela primaria, revelan ACNUR y UNESCO », 20/5/2016.

<http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=35117#.V3Y91II010t>

⁵ UNICEF, 14/6/2016. http://www.unicef.org/french/media/media_91552.html

⁶ Centro de actualidad de la ONU, « Europe : l'UNICEF met en garde contre les risques d'exploitation pour les enfants réfugiés et migrants » (Europa : la UNICEF contra los riesgos de explotación para los niños refugiados y migrantes), 14/6/2016. http://www.un.org/apps/newsFr/storyF.asp?NewsID=37451#.V3ZGEVI00_U

campamentos “oficiales” o de campamentos improvisados a la orilla de las carreteras, en terrenos baldíos o en edificios en ruinas. Escuchaba a un padre que decía en un documental: “¿Cómo puedo dormir a mi niño en este polvo?” Polvo que se convierte en barro cuando llueve. Sin hablar de los gases lacrimógenos y de los golpes de la policía.

En este sentido, no se trata de algo nuevo. No hay que imaginar que los refugiados fueran casi siempre bien recibidos. Basta pensar en la forma en que fueron tratados sus compatriotas que llegaron a Francia durante la Retirada de 1939, en que unos 275000 fueron internados en campamentos severamente vigilados⁷. Son “olas de refugiados potencialmente peligrosas” decía entonces la revista *L'illustration* (La Ilustración). Pienso también en lo que escribió el poeta Giorgos Seferis al evocar el momento en que los griegos fueron expulsados de Anatolia en 1922: “Hoy escuché lo siguiente, contado por un refugiado. Huía de Esmirna. Cuando llegaron a Quíos, tiendas, casas, puertas, ventanas, todo quedó cerrado de golpe. Él estaba con su mujer en el tropel de refugiados. Su bebé, que no había sido alimentado desde hacía seis días, chillaba hasta quedar sin aliento. La madre pidió agua. Al final le contestaron desde una casa: “A un dracma el vaso”. Y el padre me contó: “Entonces escupí en la boca del bebé para quitarle la sed”.⁸ Y eso que Grecia es un país muy hospitalario, uno de los pocos, hoy en día, en que los refugiados son bastante bien acogidos.

No es algo nuevo pero la xenofobia alcanza hoy un nivel inaudito. Habría que hacer todo lo necesario para recibir a estas personas que han vivido lo peor, y los políticos a quienes les incumbiría organizar los recursos de una acogida, no hacen nada o casi nada, salvando alguna excepción. En su gran mayoría apartan la vista, cuando no suscitan deliberadamente el miedo y el odio, con lo que promueven la confusión: los refugiados son todos asumidos como terroristas potenciales, a pesar de haber sido los primeros en sufrir las masacres llevadas a cabo por los verdaderos terroristas.

Tal es el triste panorama que todos conocemos. Sabemos también que en muchas partes mujeres y hombres escandalizados manifestaron su solidaridad. Para no limitarnos a las cifras y aproximarnos más a la realidad en nuestra “Europa de los derechos humanos”, voy a hacer que viajen las voces de dos mujeres que visitaron campamentos recientemente; una estuvo en un campamento “improvisado” y la otra en un campamento oficial.

La Escuela, el corazón de la “Jungla”

Está la gente que Rimbaud llamaba los sentados. Y luego otros que se pasan la vida levantados y luchando. Florence Prudhomme está entre estos últimos. Trabajó durante mucho tiempo en el campo editorial y siempre luchó por los derechos de las mujeres y por causas humanitarias. El año pasado, en París, viendo día tras día el destino que le reservaban

⁷ http://www.liberation.fr/france/2015/09/09/refugies-espagnols-quand-la-france-choisissait-l-infamie_1379072
(Refugiados españoles : cuando Francia elegía la infamia)

⁸

a los refugiados, viajó a Calais, al lugar que los medios de comunicación llaman la “Jungla”. Fue a ver cómo ayudar a esa gente que vive en condiciones indignas mientras esperan pasar a Inglaterra. Desde entonces, volvió con frecuencia. Allí escucha a los que le cuentan su periplo —volveré a esto más adelante—. Pasa mucho tiempo en la *École Laïque du Chemin des Dunes* (la Escuela Laica del Camino de los Médanos), una pequeña escuela asociativa. La creó Zimako Mel Jones, un refugiado que nació en Nigeria, interesado en aplacar los conflictos entre comunidades.⁹ Una ortofonista de la región, Virginie Tiberghien, se unió a él, y les vinieron a echar una mano algunos habitantes, unas maestras durante su tiempo libre, unos jubilados. Todos se esfuerzan por construir algo que se parezca a una vida posible. Transmiten saberes, en francés y en inglés, y proponen juegos, libros, talleres de pintura o de *slam*. Es un lugar de acogida, de escucha, donde las comunidades se mezclan. Es un foro, dice Zimako, que precisa: “La jungla es para lo animales, los leones, los tigres. El foro es la vida.”

Cuando le dije a Florencia que me gustaría saber más acerca de la escuela, escribió lo que les voy a leer:

«De lejos, desde la circunvalación que bordea la “jungla” de Calais —que hoy está rodeada por una reja doble—, aparece una masa un poco oscura en medio de una zona devastada, vaciada de sus habitantes. Al acercarse, uno se percata de que esa masa aislada de todo está compuesta de varias edificaciones construidas con madera de paletas, agrupadas alrededor de un patio con flores. Es la Escuela Laica del Camino de los Médanos.

En el otoño 2015 existía, con el mismo nombre, una escuela más pequeña y somera, con poca luz, pero acogedora. La hospitalidad era su primera virtud, su razón de ser. La jungla estaba entonces llena de habitantes (entre seis y ocho mil). Habían abierto restaurantes afganos o sudaneses, así como iglesias y mezquitas y tiendas. Había nacido una pequeña ciudad, sin agua ni electricidad, insalubre. Inventiva, dinámica y solidaria. A finales de 2015, la escuela se mudó, fue reconstruida y provista de dos salones de clase, uno para los niños, el otro para los adultos, una enfermería, una sala de reuniones y algunas habitaciones para los voluntarios.

En febrero de 2016, el Estado “desmanteló” la zona sur, donde estaba. Las habitaciones, las carpas y los refugios, todas las instalaciones fueron destruidas por tractores bajo fuerte vigilancia policial. Durante la operación, desaparecieron unos menores de edad aislados. Los refugiados tuvieron que agruparse en la zona norte, instalados en contenedores, carpas o cabañas reconstruidas. La escuela quedó aislada,

⁹ http://www.liberation.fr/france/2016/03/06/zimako-mel-jones-conscience-de-classes_1437876 (Zimako Mel Jones : conciencia de clases)

vacía de sus alumnos. Para llegar hasta ella ahora hay que recorrer una zona desierta, inhóspita. Los padres no se atreven a dejar que los niños se expongan a ir solos.

Algunos adolescentes, afganos o sudaneses, no saben leer ni escribir. Son pastores nómadas, que acompañaban rebaños de camellos o de ovejas y nunca habían ido a la escuela. Para salvarlos de la desgracia, sus padres los empujaron a irse a Europa. Su periplo los condujo a países y ciudades cuyo nombre ignoran, porque no pueden leer señalización alguna. No hablan ni francés ni inglés. Deambulan y son los más vulnerables.

Otros vinieron con su familia, pero el drama es similar. Desde que salieron de su país de origen, los padres les prometen una mejor vida, sin espanto. Quieren salvar a sus hijos de la visión apocalíptica que reina en las aldeas del Darfur, en Eritrea o en Siria. Para muchos esa esperanza última se llama UK, United Kingdom. Pero ¿qué entienden los niños por esas dos letras? ¿Qué otra cosa imaginan, que no sea encontrar una casa con una familia, jugar, ir a la escuela, tener amigos y amigas de su edad? El conjunto de ese espacio (el mundo, la vida, lo desconocido y lo conocido, el aprendizaje) lo reconstruye la Escuela Laica con paciencia. Abierta todos los días de las diez de la mañana a las siete de la tarde. Los voluntarios recorren la zona sur desértica y cada mañana y cada tarde van hasta la zona norte a buscar a los niños y a acompañarlos después de clase. Los padres se tranquilizan. Los niños vuelven a su clase, a su puesto, a su cuaderno y a los libros. El espacio de la construcción de uno mismo queda preservado. Ese espacio es de ellos, les pertenece, un espacio localizado y estable en el corazón de la inestabilidad y de la violencia.

Durante un día particularmente peligroso, mientras caían sin tregua granadas lacrimógenas sobre la “Jungla”, las maestras montaron a los niños en sus automóviles y se los llevaron a la playa, para que vieran el mar, lejos del miedo, lejos de los gritos. Unos niños lograron pasar hacia Inglaterra con sus padres. La alegría de sus maestras llegó al máximo cuando se enteraron de que fueron escolarizados en Manchester o en alguna otra ciudad.

Un padre afgano cuenta: “Yo tenía 5 años cuando la guerra empezó en Afganistán. Siempre viví con los heridos, los muertos, las explosiones, los bombardeos, las destrucciones... No quiero que a mis hijos les toque vivir eso también. Yo soy paciente, pero ellos no tienen la misma paciencia. Todos los días preguntan: “¿Cuándo nos vamos a Inglaterra? ¿Cuándo salimos?” Todos los días le dicen a su madre: “Nos dijiste que íbamos a Inglaterra... Mira, ¿esto es vida? ¿es la Europa de la que nos hablaste?” Un día uno de mis hijos salió del campamento. Con otros niños, visitaron una escuela. Cuando volvió, me dijo: “Hoy estuve *allá*, conocí Europa...”

Llegar a Europa también significa correr el peligro de ser llevado de regreso a las fronteras. En la isla de Quíos, en Grecia, mientras veía partir el primer barco que devolvía refugiados a Turquía, un padre sirio explicaba: “Yo lancé a mis tres hijos jóvenes por esta ruta tan peligrosa para garantizarles una buena educación, con la esperanza de que en el mes de setiembre siguiente harían su regreso a clases en un país que creyera, como yo, en el poder de la educación. Y heme aquí atrapado en esta roca, amenazado de ser echado como un parásito. ¿Qué les puedo decir a mis hijos esta mañana?”¹⁰

En medio del deambular en la cual andan muchos niños y adultos, ir a la escuela todos los días es una meta. La acogida, el seguimiento, la regularidad disipan el sentimiento de estar abandonados o perdidos en un bosque de obstáculos o delante de puertas cerradas con candado. La escuela es un lugar de vida, laico y convertido en santuario. Para los niños y los adultos, es como la Cruz del Sur en el cielo para los viajeros. A pesar de ser la constelación más pequeña de todas, tiene en su seno una aglomeración de estrellas llamada “El joyero”, y es un punto de referencia infalible. La escuela se le parece: es un lugar estable, un punto de referencia geográfico y humano, es el corazón de la Jungla. Está llena todos los días de niños y adultos estudiosos y aplicados. “Este lugar es la tierra de los héroes que huyeron del terror”, dice Zimako.

Florescia pasa mucho tiempo escuchando a esos héroes. Se acordó de las “bibliotecas humanas” basadas en la idea de que todo el mundo tiene algo que ofrecer, una historia que contar¹¹. Se inspiran en lo que se hace desde hace años en Escandinavia o Canadá, donde se puede « pedir prestado » a alguien para que cuente su vida. A menudo se usan para romper con estereotipos y luchar contra la exclusión. Florence explica:

La biblioteca humana nació para dar voz a los refugiados, para dar a conocer sus palabras, sus gritos, sus esperanzas, sus vidas. Es concebida como un lugar de reunión de los textos y de los testimonios escritos de quienes desean o quieren dar a conocer al mundo lo que vivieron antes —en su país de origen—, o durante y después de su exilio hacia Europa. (...) Recoger los textos, significa rendir homenaje a su valentía y dar fe de la riqueza polifónica de sus vidas, que debe ser escrita y preservada. Conocer sus vidas significa también librarse significa también aclarar las confusiones funestas de las cuales son víctimas los refugiados, además de las condiciones inhumanas e indignas en las cuales los mantienen. ¹²

“Esto que se les ofrece no es una solución, sino una barbarie, una indignidad”

Angelina Delgado, por su parte, es bibliotecaria en Sevilla. Ella tampoco está entre los

¹⁰ - *Le Monde*, 06/04/2016

¹¹ Cf. https://www.youtube.com/watch?v=AJjqW2N1r_I

¹² La Bibliothèque vivante de la Jungle de Calais (La Biblioteca viva de la Jungla de Calais), <https://blogs.mediapart.fr/florence-prudhomme/blog/280116/la-bibliotheque-vivante-de-la-jungle-de-calais>

“sentados” de los cuales se mofaba Rimbaud. Cuando los medios mostraban cómo los refugiados desembarcaban en Lesbos después de travesías insensatas, y eran luego bloqueados en las fronteras de Macedonia, empujados a dormir en el lodo con sus hijos, ella pensaba: “Si pudiera, iría...”. Hasta que cayó en cuenta de que nada la obligaba a quedarse en un sofá frente al espectáculo del horror. Sus hijos ya eran mayores, bastaba que pidiera unas vacaciones. “Quería ayudar, pero sobre todo, decir con mi presencia física, con mi cuerpo, que no estaba de acuerdo con lo que sucedía.”

Algunas semanas después, partió para Ritsona, en Eubea, a un centenar de kilómetros de Atenas. En las ruinas de un campamento militar, 150 carpas apretadas unas contra otras albergaban a 860 personas originarias de Siria, de Iraq o de Afganistán, que hacía poco habían llegado a Grecia. Cuatro duchas para todos. Un galpón con los vidrios quebrados donde las donaciones son depositadas de cualquier manera. Un espacio cubierto donde, en la mañana, funciona una escuela, y donde los hombres luego van a conversar mientras cargan sus teléfonos. A la entrada, los jóvenes de tres pequeñas ONG y un oficial orientan a los voluntarios.

Angelina descubre una realidad peor de la que imaginaba. Clasifica y reparte zapatos, acompaña a Atenas a los padres de una niñita que nació quince días antes y que tuvo que quedarse sola en el hospital para ser sometida a unas operaciones. Ella también escucha gente que le cuenta su historia, como este joven afgano:

Me narró su huida por las montañas, acompañando el relato con las fotos de su móvil. Me pregunto cómo se sentirían si perdieran ese tesoro: las fotos de sus casas cuando aún estaban en pie, de sus padres, de sus hermanos. La cueva en la que durmieron esa noche terrible, cuando ya el frío y la oscuridad les impedían avanzar. El rostro del amigo al que no han vuelto a ver.¹³

Todos vivieron pruebas espantosas y muchos están en estado de shock. Todos quieren irse, e intentan, durante días enteros, establecer contacto por Skype con el organismo encargado de recibir su solicitud de asilo, que nunca está disponible. Esperan encontrarse con miembros de su familia en otros países. Algunos de ellos están solos: niños, adolescentes, personas mayores.

Como a Angelina le gusta contar cuentos y leerles libros a los niños, se llevó álbumes como *Los Tres bandidos* o *Donde viven los monstruos* (¿cómo no pensar en el momento en que “Max navegó día y noche durante varias semanas y casi más de un año...”?) Ella cuenta en inglés y una joven traduce al árabe o al kurdo. A veces canta para calmar a los niños. Todos quieren ver las ilustraciones, escuchar otros cuentos. Un día, un afgano le dice que no

¹³ Las citas provienen del diario de Angelina, que tuvo la gentileza de transmitirme, o de relatos y comentarios que hizo en Facebook.

solo los niños necesitan libros y cuadernos, sino también las mujeres, que quieren estudiar inglés. Una joven de 13 años le cuenta que aprendió inglés sola, encerrada en su casa, porque el responsable de su familia no quería que las niñas fueran al colegio.

A Angelina le gusta hacer fotos y trajo unos aparatos desechables que compró con ayuda de sus amigos. Llevó a cabo un taller de fotografía con siete chicos y chicas de 14 a 23 años que —como todos los jóvenes del campamento— se aburrían. La cito:

“El objetivo, más allá de documentar la vida de los protagonistas, consistió en ofrecerles una herramienta para la expresión propia en unos momentos trágicos y cruciales de su vida. Bajo la consigna “haz fotografías de lo que ves, de lo que piensas y de lo que sientes”, los jóvenes utilizaron cámaras analógicas desechables para recorrer el campamento y mostrar su realidad. Después de revelar las fotos comenzaron un cuaderno en el que intentaban describir lo observado. El resultado fue compartido en el grupo y, posteriormente, se organizó una pequeña exposición de los trabajos en la tienda que servía de punto de encuentro en el campamento. Esto despertó el interés entre los residentes de la comunidad. Tanto las fotografías como los textos muestran una visión crítica, rebelde y reivindicativa de los jóvenes sobre sus condiciones de vida, enfocada especialmente en las que sufrían los que eran aún más pequeños que ellos. Me gustaría que el resultado de su trabajo sirviera para una toma de conciencia sobre esta terrible crisis humanitaria.”

Con el paso de los días, Angelina descubrió que la situación era mucho más compleja y contradictoria de lo que había pensado. Muchas veces se sintió mal por ocupar un lugar que consideraba un tanto colonialista: “Los residentes son como el paciente que le tiene que obedecer al doctor”, observa en su diario —un texto magnífico que espero que ella publique—.

Desde su regreso, cuenta lo que vio y oyó. Escúchenla:

Volví de Grecia convencida de que tenía que contar lo que está pasando allí. O al menos lo que yo vi. Encontrar las palabras para contar lo que has vivido es un deber, sobre todo cuando la realidad es tan dura. Estoy segura de que si nos juntamos, podremos encontrar maneras de ayudar a que esto cambie.

Ahora queda mucho por hacer y todos podemos hacer algo: es necesario reclamar la acogida urgente en los países europeos de estas personas que tanto están sufriendo hacinadas y malviviendo en Grecia. Está bien ir allí y tratar de ayudarles a mejorar sus vidas, enviar ropa, alimentos, medicinas... pero están en un limbo desesperante y no se les ofrece solución. En Ritsona hay cuatro duchas para más de 800 personas, la separación entre carpa y carpa es de menos de medio metro, no hay ni electricidad ni

agua corriente. No tienen cocinas, no pueden comprar alimentos y dependen de la comida envasada del ejército... La guerra y el terrorismo les ha quitado todo y solo les queda la esperanza de volver a empezar una vida digna en otro lugar. No me creo que Europa no pueda ofrecerles nada más que esas condiciones de vida en las que están.

Creo que es una cuestión de conciencia social y por lo tanto (o al contrario) de acción política. Así que habrá que movilizar las conciencias, explicando que esto que se les ofrece no es una solución, sino una barbarie, una indignidad. Y habrá que movilizar también a los políticos y políticas que tengamos a mano para que promuevan cambios.

Porque se debe encontrar una solución para que estas personas vivan dignamente.

Porque no basta con enviar ropa, porque no basta con enviar dinero o ir allí para ayudar. Porque es una determinación política la que falta y es lo que debe exigir la ciudadanía.

Con nuestro silencio estamos construyendo una Europa inhumana y sin derechos.”

“En su lengua, son oradores y poetas. En la lengua de la inmigración, son cojos y mano de obra”.

Sí, lo primero que nos incumbe es ejercer una presión ciudadana con el fin de que se respeten los derechos de esas personas. De contribuir a crear una “opinión comprometida”, como dice Angelina (hacia eso se orienta una parte de su trabajo de bibliotecaria con jóvenes en Sevilla). Una cultura de la hospitalidad, de la atención, un programa inmenso cuando en casi todas partes el miedo al otro está tan presente y el odio está siempre cerca. Esta cultura la están construyendo, pieza por pieza, Angelina, Florencia, Zimako y quienes van a buscar a los niños en la Jungla. Y todas las posibilidades parten de ahí, cuando alguien vivió un drama o una catástrofe. De una acogida, una escucha, una disponibilidad al otro como sujeto singular.

Cuando proponen a quienes viven en campamentos que cuenten, escriban o capten con una cámara de fotos, Florencia y Angelina tienen, según me parece, la misma preocupación. Desde su punto de vista, no se les puede reducir a una identidad de la desgracia, a víctimas. Tienen el caudal de una historia entera, una cultura, y de su creatividad, de su punto de vista crítico, de su mirada. Pero en los campamentos se les reduce a seres biológicos que dependen de los demás para todo, incluso para comer — “como el paciente que debe obedecer al doctor”, decía Angelina—.

En esto radica algo esencial, una actitud general que debe ser (re)examinada con quienes viven en esos campamentos, así como con los que pudieron salir de ellos o los que no han estado en ellos. Desde luego, el asunto no puede consistir en darles su comida cultural con condescendencia, o de administrarles libros-remedios, libros-pociones. Ni

tampoco prescribirles textos edificantes para hacerles tragar la supuesta “identidad” de los lugares de llegada. Pero, más allá de eso, proponer libros de calidad a los niños y acompañarlos en su lectura no basta. Me parece que también hay que apuntalar la transmisión cultural entre generaciones. Si no, corremos el riesgo de repetir con los refugiados lo que malogramos en Francia con muchos inmigrados.

Voy a explicarme. Estos inmigrados tuvieron que enfrentarse a la xenofobia y a la relegación, pero también a una desculturización de la que se habla menos. Muchos venían de regiones donde existía una lengua poética, una muy bella tradición oral. Daré un ejemplo que ya evoqué en Arenas de San Pedro en el mes de junio pasado, el de una mujer, Fátima Sissani, cuyos padres se fueron de Cabilia hace unos treinta años. Hizo una película, “El idioma de Zahra”¹⁴, sobre cómo se percató de hasta qué punto sus padres campesinos eran “analfabetos de gran cultura”, que hablaban una lengua poética, metafórica, portadora de mitologías. Zahra, su madre, era depositaria de toda una civilización. Ella se negó a aprender francés, porque había vivido dolorosamente el exilio impuesto por la pobreza y por su marido. Pero nunca dejó de hablarles a sus hijos. Les contaba historias, cuentos y ellos la recordaban con felicidad: “Cuando ella nos hablaba, era como un canto”. Un canto que relacionaba a cada niño con el universo de manera melodiosa, que abría el espacio hacia lugares lejanos, hacia lugares soñados, y que expandía el tiempo.

Los niños sentían también que ese idioma permitía transformar las penas en belleza.

En la película, se ve a Zahra recitando poemas con sus amigas durante unas vacaciones en su tierra: “Tan pronto como algo me preocupa, le encuentro un poema”, dice una joven. “Es una manera de no olvidar el suceso que lo inspiró pero estando ya aliviada. Los poemas los componen quienes sufren. Cuando los recito me siento mejor. Terminar un poema me llena de dicha”. Cada gesto cotidiano puede dar lugar a una lengua de versos, de metáforas, de proverbios. Fátima aclara: “Los cabiliaños existen, ante todo, por la palabra. En los contrafuertes montañosos de los cuales son huéspedes, los torneos de oratoria eran un ejercicio corriente”. Ciertamente “uno se representa con dificultad cuando se sumerge en la sociedad de inmigración en la que esos hombres y mujeres, a menudo analfabetos, son exclusivamente relegados al rango de obreros y de amas de casa [...] En su lengua, son oradores y poetas. En la lengua de la inmigración, son cojos y mano de obra”.

La escritora Zahia Rahmani, que cuando niña fue llevada a Francia a vivir en un campamento donde reunían a refuerzos de tropas del ejército francés, como su padre, tuvo una experiencia parecida. “En Francia, estábamos emergiendo de un vacío, de una procedencia sin genealogía y si llegábamos a ser acogidos sería a costa de esa negación”. Pero su madre transformó el país perdido en una tierra luminosa con sus relatos. Ella narraba “la muerte del último elefante de África del Norte, desaparecido de estos lugares

¹⁴ <http://lalanguedezahra.blogspot.fr>

desde hacía siglos, o los relatos fabulosos de sus selvas densas y majestuosas en las que los hombres conversaban con las sombras”. Mantenía vivo el recuerdo de una Argelia que la conquista había recubierto y destruido.¹⁵ Porque apenas ocupado, el país había sido “destruido en sus dimensiones fundamentales”. Los conquistadores no quisieron saber nada del poderío de ese idioma poético, de esa transmisión. Pero como ésta había participado durante mucho tiempo “de la práctica de una resiliencia”, señala Rahmani, no es de extrañar que muchos argelinos se negaran a “confiar a sus descendientes a una escuela francesa que rechazaba el aporte del multilingüismo. Abandonar su idioma significa también perder su cultura. Y ¿qué es lo que queda cuando desaparece el cuento, lo fabuloso? ¿cuando solo queda el libro, pero un libro del que uno adivina que nunca será su libro?”

Fátima Sissani y Zahia Rahmani tuvieron la suerte de que sus madres, aun abatidas por el exilio, hayan continuado hablándoles una lengua poética. Y también tuvieron la suerte de apropiarse luego de obras hermosas de la mano de unas maestras; de hacer “suyos” unos libros que evocaban destinos muy diferentes, pero donde encontraron semejanzas con sus propias historias.

Por desgracia, no es tan frecuente. Hace unos veinte años, yo hacía entrevistas con hijos de inmigrantes y les preguntaba siempre si recordaban leyendas, historias o memorias que sus padres les hubiesen contado. Era muy raro. En el exilio de un país a otro, de una lengua a otra, pero también de una región a otra, mucha gente olvida las leyendas que les fueron transmitidas, o les parece que estas pertenecen a una época que no tiene razón de ser, que casi produce vergüenza. Tampoco pueden dar vida a sus recuerdos para evocar la saga familiar. Y el lenguaje ya no sirve sino para lo utilitario, para la designación inmediata de las cosas. O para dar órdenes, pedir o exigir.

Ya lo mencioné en *Leer el mundo*, en esas familias, a los niños les faltará una etapa decisiva para integrar los diferentes registros de la lengua y apropiarse después de la cultura escrita: aquella en la que la literatura, oral o escrita, inicia a una poética cotidiana, a un uso de las palabras tan vital como “inútil”, muy cerca de la vida, de la voz, del cuerpo, de las emociones, del placer compartido; muy lejos del control y de la calificación. Pero les faltará también todo ese tejido de palabras, historias, fantasías, que podrían interponer sin darse cuenta entre ellos y el mundo para que este sea habitable. Es decir, que el desafío no es sólo el destino escolar. Lo que está en juego es una posibilidad de vincularse con el mundo que los rodea, de encontrar allí un sitio. Lo que hace habitables los lugares es, por supuesto, que hayan sido pensados con arte y ciencia por arquitectos, jardineros, albañiles y por quienes viven en ellos; también que no estén limitados a la realidad material, sino aireados por un aspecto imaginario que transforma lo familiar y se abre hacia otro lugar, otra dimensión.

¹⁵ “Pays de réserve” (País de reserva), in: *Made in Algeria. Généalogie d'un territoire*, MUCEM, Marseille, 2016, p. 11-12.

Muchos europeos de mi generación se fueron a “recorrer el mundo” en los países de Oriente cuando eran jóvenes. Me parece que íbamos en busca de la sensación de pertenecer al mundo que los países de Europa occidental no nos daban, de una dimensión poética que nos vinculara con nuestro entorno y, en particular, con el mundo natural. Pero lo que íbamos a buscar de los Balcanes a la India o a África del Norte era algo a lo cual tenían que renunciar quienes llegaban a nuestros países. En muchas familias, las madres dejaban de transmitir el idioma portador de mitologías del cual hablé. Y los padres permanecían en silencio, en particular sobre los capítulos graves de la historia que vivieron —además de que nadie estaba dispuesto a escucharlos allí donde llegaban—. El padre de Zahia Rahmani, por ejemplo, traumatizado, terminó suicidándose. Y su historia la escribió su hija.

Solo ahora medimos hasta qué punto fue perniciosa la crisis de la transmisión en una parte importante de las inmigraciones de origen magrebí. Lo mismo que el desconocimiento de la historia y el silencio sobre sus páginas dolorosas. Una parte de los hijos de inmigrados se sienten desarraigados, ajenos al mundo. Benjamin Stora, especialista de la historia colonial y de la inmigración en Europa, señala que “toda la riqueza de una historia islámica anterior (idiomas, culturas, civilización) sigue siendo poco conocida por las nuevas generaciones. Solo sobreviven migajas de conocimientos religiosos, aprendidos desde el ángulo del combate contra el otro, mantenidas como consignas, difundidas por internet con extraordinaria velocidad.” De resultas, “la fabricación identitaria de estos jóvenes se construye con remiendos ideológicos, fascinándose por la violencia, poniendo en tela de juicio a los demás sin ser capaces de ver su propia responsabilidad.”¹⁶

En este sentido, el momento exige que se le dé forma y lugar a todo un patrimonio, recoger palabras y escritos, constituir archivos, escribir la historia cultural de la inmigración y no solo la historia política y económica. Suscitar reencuentros con una cultura oral perdida. Y los promotores de libros, de literatura, de obras de arte pueden contribuir a ello. Ya lo hacen a veces. Pienso por ejemplo en Francia en la asociación ACCES (“acceso”) que pone libros a disposición de los niños muy pequeños, cuidando mucho de no excluir a los padres, sino más bien de involucrarlos. Recuerdo a una mediadora de ACCES que comentaba, a propósito de una mujer que participó en una actividad llevada a cabo en la guardería de un centro de detención: “De repente, toda su infancia volvió. Se puso a cantar porque reencontró todo un aspecto de su infancia que había olvidado. Basta con que una que tenga ganas de cantar para que las demás se contagien”. Escuché observaciones similares en Colombia o en Argentina: talleres en los que la literatura, oral o escrita, jugaba un papel esencial. Dichos talleres habían permitido a mujeres indígenas que vivían lejos de sus tierras reencontrar recuerdos, leyendas o cantos olvidados de su propia infancia, compartirlos, evocar las situaciones que vivían con sus bebés. Y tener poco a poco intercambios afectivos y

¹⁶ « Il y a une ‘bataille culturelle’ à mener en France pour éviter la ‘guerre des mémoires’ » (En Francia hay que librar una “batalla cultural” para evitar la “guerra de las memorias”), *Al Huffington Post*, 20/1/2015. http://www.huffpostmaghreb.com/2015/01/20/stora-immigration-france_n_6505714.html

simbólicos más ricos con estos.¹⁷ El año pasado, poco después de los atentados de enero en París, escuché al Profesor Bernard Golse, eximio psiquiatra de niños, decir que este trabajo con los más pequeños y sus padres era una de las mejores prevenciones contra la ulterior radicalización yihadista de una parte de ellos.

Los exilados que llegan hoy a Europa también vienen de países donde una hermosa tradición oral, poética, se encargaba de hablarle tanto al corazón como a la mente y de equipar a los niños para que puedan enfrentar las adversidades y transfigurar sus miedos. Los inscribía en un lugar y en la sucesión de las generaciones, al mismo tiempo que abría lugares lejanos, mitológicos o fabulosos que nos son tan necesarios. Esa tradición, ya comprometida por la difusión globalizada de productos estandarizados, también la comprometen las guerras. Una mujer que vivió mucho tiempo en Afganistán me decía que había asistido al final de una civilización. Recordaba la época en que, todos los días, largos programas de radio dedicados a la poesía eran escuchados por gente de cualquier ocupación, de cualquier edad, que luego retomaban fragmentos de ellos en sus conversaciones. Pienso también en una joven refugiada iraquí que Deborah Ellis escuchó en un campamento jordano y que decía: “La guerra devuelve a la gente a la edad media. Destruye lo que somos. Los iraquíes adoran el deporte y la literatura, y la poesía, y la ciencia, y los jardines, todas las cosas buenas. A los iraquíes no les gustan todos esos asesinatos.”¹⁸

Por eso me parece esencial inventar hoy dispositivos para que todas esas culturas, todos esos “jardines” vivan. Multiplicar por ejemplo las bibliotecas humanas en las cuales se pueda intercambiar con los que llegan, en vez de notificarles que tienen que dejar todo eso en el guardarropas. Florence Prudhomme, que recoge, como dije antes, los relatos de los refugiados en Calais, advierte:

En cada país de África, o de otras partes del mundo, existen prácticas artísticas. Hacerlas revivir permite que quienes las ejercen revivan también, vuelvan a encontrar su dignidad y su orgullo (...) Refugiados sirios, kurdos, sudaneses o afganos tienen mucho que enseñarnos en este campo, ya se trate de poesía, de relatos, de epopeyas, de arquitectura, de pinturas o de creaciones que los enriquecen y que podrían hacerles descubrir a los niños, así como a los docentes, en las escuelas en Europa.”¹⁹

Sí, en las escuelas, las bibliotecas y en otras partes, tenemos que crear foros para acoger la palabra de estas personas, donde puedan hacer revivir sus cuentos, sus epopeyas,

¹⁷ Ver también el ejemplo que di en *El Arte de la lectura en tiempos de crisis* (Océano, 2009) p. 85-87.

¹⁸ « Children of War: Voices of Iraqi Refugees by Deborah Ellis » (Los Niños de la guerra: voces de refugiados iraquíes por Deborah Ellis), *Book Dragon*. <http://smithsonianapa.org/bookdragon/children-of-war-voices-of-iraqi-refugees-by-deborah-ellis/>

¹⁹ « Rwanda, l'art de se reconstruire » (Ruanda, el arte de reconstruirse), Comunicación de Florence Prudhomme, durante la velada organizada por la asociación SOS Femmes Abobo, París, 9/4/2016. <https://blogs.mediapart.fr/florence-prudhomme/blog/100416/rwanda-lart-de-se-reconstruire>

sus cantos. No para encerrarlos ahí, no para asignarlos a quien sabe cuál identidad comunitaria, sino al contrario para compartir y dar a todos el deseo de apropiarse también de otras culturas. Como en Roviés, en la isla de Eubea, donde se celebró hace poco una fiesta en la plaza del pueblo con música árabe y griega: en esa aldea, una asociación y un dueño de hotel se dieron como objetivo principal poner en contacto a los refugiados con la sociedad local, en particular gracias a actividades culturales.²⁰

La belleza de los Orfeos

Podemos también presentar nuestras culturas a los recién llegados y que se reconozcan en ellas, pero esto supone cierto saber hacer para que esas culturas no sean percibidas como algo autoritario. Les daré un ejemplo, el de Marielle Anselmo, que trabaja en el sur de París, en una clase destinada a integrar al sistema escolar a chicos y chicas de 16 a 18 años recién llegados a Francia. Evoqué este ejemplo en *Leer el mundo*, pero quisiera retomarlo porque en su núcleo está el tema de la pérdida. Todos los refugiados han perdido mucho: sus casas, los paisajes que los rodeaban, sus objetos, sus archivos de familia. Fueron separados de sus allegados, cuando no los vieron morir. La mayoría de las veces también perdieron su estatus social y sus referencias culturales. Muchos vivieron guerras y atravesaron luego zonas sumamente peligrosas, tal como hoy en día lo son el Mediterráneo²¹, las Canarias o, también, las regiones fronterizas de México. ¿Cómo hacer con el recuerdo de las escenas que los atormentan, cómo elaborar los traumas?

Varios alumnos de Marielle habían atravesado, solos, mares o desiertos y se habían enfrentado a la violencia o la muerte. Marielle imaginó un taller artístico alrededor de un mito que permitiera trabajar la pérdida y la sublimación, el de Orfeo, poeta y músico. Durante siete meses, con una directora de teatro, una coreógrafa, una actriz y una cantante, estos jóvenes prepararon un espectáculo, la parte visible de un importante trabajo de exploración, de investigación, de lectura y de escritura²². Cito a Marielle:

“El problema para quienes vivieron un trauma es que no dicen nada. El mito y el trabajo en escena les permitieron dar una forma a aquello por lo que habían pasado. “La mejor terapia la hacen contigo”, me dijo la enfermera del liceo. Otra colega era más reservada y temía que fuera una carga demasiado pesada la historia de Orfeo.

²⁰ « Hoteles para refugiados, la alternativa digna al hacinamiento en campamentos », Agencia EFE, 2/7/2016. <http://www.efe.com/efe/espana/sociedad/hoteles-para-refugiados-la-alternativa-digna-al-hacinamiento-en-campamentos/10004-2974586>

²¹ <http://www.lemonde.fr/big-browser/article/2016/05/25/une-carte-recense-les-migrants-et-refugies-morts-sur-les-routes-de-l-europe> (Un Mapa hace un censo de los migrantes y refugiados muertos en las carreteras de Europa)_4926208_4832693.html#

²² Este taller se llevó a cabo en el Liceo de Oficios Charles Baudelaire en Evry (Francia) con Diane Scott, Catherine Jabot, Olivier, Renouf y Lorène Fourmont.

Quizá a unos les sirvió y a otros les pesó [...]

Con todo, es un mito difícil. Orfeo pierde dos veces a la que ama. Entonces, les propuse que en el escrito inventaran el final que ellos quisieran. También imaginaron diálogos entre Orfeo y Eurídice, escribieron poemas sobre los animales que Orfeo encanta... Publicamos todo en un blog. [...] Eso me permitió hacerles comprender que antes de publicar un texto, hay que corregirlo porque va a ser leído. Pude así medir sus progresos en francés.

El trabajo en el taller de arte les dio confianza en sí mismos, se inventaron otras relaciones. Se hicieron muy cercanos, solidarios, afectuosos. [...]

Cuando vi el espectáculo, lo que me sorprendió fue la belleza y la gracia de ellos. Ellos mismos se asombraron al ver las fotos de lo que habían presentado. En la escritura también produjeron cosas muy bellas. Si no hubieran recitado antes sobre el escenario este mito magnífico y sus declinaciones, si no se hubieran apropiado físicamente de esos textos de fuerte tenor literario, no estoy segura de que hubieran podido escribir lo que escribieron. Un taller teatral permite estar presente con su cuerpo, reencontrar el lazo primario entre el cuerpo y la voz, el decir, el pensar —lazo muchas veces desmaterializado por la enseñanza “tradicional”—.

En cuanto a lo escolar, dieron un salto. Siete de ellos pudieron integrarse a una clase de liceo general, contra uno o dos en los años anteriores. Esto tiene que ver con el hecho de que creí en ellos, pero también se debió, y mucho, a su perseverancia, su energía y su determinación. Son ejemplos para otros. La noche del espectáculo se ganaron el respeto de los otros alumnos del liceo que hasta entonces los consideraban como “africanos”.

Voy a reanudar la experiencia, con otro mito, Ulises, quizá. Hay que inventar algo cada vez.”

Así como les presentó grandes mitos de la cultura occidental, Marielle les hizo visitar París y dedicó un día a la Antigüedad y a la Edad Media, otro a los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho, luego uno al siglo diecinueve y otro al siglo veinte; todo eso buscando, en un museo o en otro, las huellas de Orfeo.

En julio me informó que todos sus Orfeos, como los llama, aprobaron su bachillerato con menciones honoríficas. Me volvió a hablar de cómo le había llamado la atención la belleza de ellos cuando vio el espectáculo. A mí también me llamó la atención. Y recordé una mesa redonda sobre educación artística. Una investigadora decía que había observado algo que dudaba en mencionar porque no era muy “científico”. Era que en el curso de los talleres que ella acompañaba los participantes se volvían hermosos. Sus colegas se sintieron autorizados a decir que habían observado lo mismo. Lo que puede la fuerza de un texto, de

una obra, de un gesto estético cuando uno se los apropia de verdad, cuando tocan el cuerpo y lo transforman.

Durante estos últimos años el mundo se convirtió cada vez más en una jungla. Pero la belleza es la “antítesis del caos”, el “antídoto ideal del horror” dice alguien que sabe bastante al respecto, Catherine Meurisse. No es una refugiada, sino una mujer que vivió, como muchos de ellos, un episodio de espanto: una dibujante que se salvó de milagro de la masacre de Charlie Hebdo. Muy pronto entendió que para reconstruirse, la ternura de sus amigos y la escucha de un psicoanalista no bastarían. También necesitaba belleza. La fue a buscar a orillas del mar, sobre las plazas de Roma, en los museos y en la literatura, que nunca supo separar del arte. Lo contó todo en una novela gráfica, *La Légèreté* (“La Liviandad”), la cual espero sea traducida. Hubiera querido regalarles un ejemplar a todos para permitirles encontrar un poco de ligereza después de esta exposición demasiado grave para un día en que celebramos un aniversario. Para que vean hasta qué punto el arte y la literatura pueden llevar al apaciguamiento, a un renacimiento. Hasta qué punto los oficios de ustedes son valiosos.

En esta época de gran violencia en que Europa parece estar en vías de fragmentación, protejamos cada vez más las escuelas en el corazón de la jungla, los jardines, los foros, los museos, las bibliotecas. Y los libros, esos objetos que sugieren un universo encuadrado, articulado, que relacionan las cosas unas con otras y dan la idea de una construcción sólida, estructurada, dotada de armonía.

Les doy las gracias.